

(200)

no afecto : aceptadlas en cambio del vuestro , y si creéis que podreis deberme algun reconocimiento , no os acordeis sino para conservar siempre los braceletes y el collar que hallaréis en esta caja.»

En efecto , me entregó una caja artísticamente trabajada , y me suplicó la dejase sola por algun tiempo. Salí de la tienda , era de noche , y pasé muchas horas entregado á las mas melancólicas reflexiones : cuando volví á entrar vi á mi incógnita tendida sobre una estera , con una lamparilla encendida , y una redomita vacía: me vino á la imaginacion una sospecha que me hizo estremecer; pero no era sino mui real. Esta

(201)

degraciada muger se habia aprovechado del momento de mi ausencia para envenenarse.

Aun estaba entregado á la impresion del terror que me causaba este acontecimiento , cuando me vinieron á advertir que era preciso ponerse en marcha. Abrí un foso en la arena con la ayuda de un árabe , y allí deposité los restos de la desgraciada muger , cuya suerte tanto me affigia , y á la que no pude consolar de tanto padecer.

Este dia fue de los mas penosos para los heridos. Teniamos pocas provisiones para hacer muchos descansos , y en la hora en que el sol estaba mas abrasador , reposamos una hora para tomar el ca-

fe que beben los árabes sin leche y sin azúcar.

En estos climas las mugeres estan ya en todo el brillo de su juventud á la edad de doce á trece años. A los veinte ha desaparecido toda la hermosura y todos sus encantos. Cerca de las ruinas de Syéna vi á la sombra de una palmera una muger dando de mamar á un niño: me informé de su edad, y no tenia mas que once años y algunos meses.

A poco tiempo se ofreció á nuestra vista el vasto Océano de arenales, y la caravana tuvo buen cuidado de hacer la provision de agua necesaria. Se hicieron cocer galletas, y reducidas á polvo fueron otra vez harina, que

se guardó en sacos. Este es el único alimento, incluso el café, que se puede tener en medio de los arenales, donde no hai yerbas, arbustos ni leña alguna para hacer fuego. Se alimentan con estos polvos, mezclándolos con aguardiente y especias.

Antes de marchar bebieron los camellos mas que de ordinario, como si hubiesen adivinado que no podrian refrescarse en mucho tiempo: los árabes que yo habia visto hasta entonces tan bulliciosos, tan alegres, estaban abatidos y silenciosos.

El menor viento es suficiente para agitar las arenas que estan calcinadas por la continua accion del sol: nuestros camellos levan-

taban nubes que casi nos quitaban la respiracion: la lengua, ya casi seca, se pegaba al paladar: de cuando en cuando reteniamos un poco de agua en la boca para mitigar el ardor devorador de nuestra sed.

A la mañana siguiente de haber entrado en estas áridas llanuras, fui testigo de las ilusiones visuales, observadas por los viajeros, y que á mi entender son ocasionadas por la rarefaccion del aire, y por el efecto que produce sobre el nervio óptico una superficie inmensa alumbrada en toda su estension: mis compañeros, á la distancia de dos á trescientos pasos, me parecian tan altos como torres, y sus camellos gruesos como ele-

fantes. La vista, sumergida en estas llanuras arenosas y estériles, despues de haberse detenido un momento sobre aquellos vapores ardorosos de la atmósfera, cree descubrir en el horizonte grupos de casas ó de montañas; pero vanos fantasmas que desaparecen segun se acercan.

Al medio dia del veinte, desde que entramos en el desierto, un fenómeno extraordinario, y tan nuevo hasta para los mismos árabes, como lo era para mí, nos llenó á todos de un terror religioso. El sol estaba aun muy elevado sobre el horizonte, cuando un viento rápido y violento, soplando del norte al sur, levantó de repente una prodigiosa cantidad de arenas entre

este astro y nosotros. Esta nube trasparente y de un color rojo se parecia á una inmensa manga de fuego, flotando por los aires. De distancia en distancia los intersticios ó espacios de la nube daban una salida á los rayos del sol en algunos momentos, y presentaban la imágen de los volcanes inflamados cuando se ve lanzar de sus horrosos cráteres furiosas llamas.

Los árabes permanecieron prosternados, guardando un silencio profundo mientras duró este fenómeno. Por poco que se hubiera aproximado á nosotros la nube, nos hubiera consumido hasta el último: por fortuna fue dividida por una columna de viento que

Eolo soltó, y despues de haber tomado mil formas fantásticas, volvieron á caer las arenas poco á poco, y la atmósfera se despejó. Jamas la impresion que me hizo este espectáculo, sublime y terrible á la vez, se borrará de mi memoria: los sacerdotes y los filósofos hablan de un ser eterno; pero la naturaleza sola demuestra su existencia.

Las ideas supersticiosas de los árabes fueron causa de que suspendiesen su marcha hasta el dia siguiente; pero otro fue el temor que se apoderó de ellos, cuando supieron haberse perdido mas de la mitad de su provision de agua, por hallarse en mal estado muchos odres donde la conducian. Los

manantiales mas inmediatos estaban al este de nuestro camino: era preciso volver atras, ó continuar adelante, reduciendo á la mitad la porcion que habia de tomar cada uno. Este último pensamiento obtuvo la preferencia, y se resolvió marchar toda la noche, descansando de dia mientras durase la fuerza del calor.

Lo que sufrí es inesplicable: la escesiva fatiga me causó una calentura violenta: abrasadas todas las partes de mi cuerpo, habian perdido aquella humedad radical que da el vigor y agilidad á los miembros: tenia ya el rostro y las manos peladas, y estaba casi ciego.

El pobre turco que me habia seguido, sufría los mismos tor-

mentos, y habiéndose tomado una fuerte dosis de opio y aguardiente, cayó en una inflamacion momentánea, á la que sucedió un frenesí violento: fue necesario atarle las manos para impedir se matase, y por último murió este infeliz á pocas horas en un acceso de rabia.

La noche siguiente nos costó otros cinco ó seis hombres y algunos camellos que murieron de debilidad y de sed. Los árabes, á pesar de estar tan acostumbrados á derramar sangre, se estremecieron al ver este espectáculo, por el temor bien fundado de que les esperaba la misma suerte: no se ocuparon de apoderarse del equipage que habia quedado junto á los

cadáveres: nuestros camellos estaban ya demasiado cargados: el peligro parecia haber apagado el ardor del pillage en el alma contristada de mis compañeros de infortunio.

En fin, llegó el momento en que vimos nuestra provision de agua agotada hasta la última gota. Dos de nuestros camellos murieron á nuestra vista: por aligerar la carga de los otros, tuvimos que marchar á pie: la cálida arena abrasó nuestras sandalias, y teniamos en sangre las plantas de los pies: los árabes habian perdido ya todo su aliento: la mayor parte de ellos queria detenerse y morir, aunque ya estuviésemos á una media jornada de los manantiales: ca-

mellos y hombres caian sucesivamente, y toda esperanza de vida estaba ya perdida.

El poco espíritu que me restaba, le empleé en sustraer de una muerte cierta á mis compañeros y á mí. Reanimados seis hombres por mis súplicas y reflexiones, consintieron en seguirme: montados sobre los camellos, los mas jóvenes y los que estaban en mejor estado para marchar, tomamos la delantera, dejando detras los equipages y el grueso de la gente. Al cabo de tres horas sentimos en el aire cierta frescura que reanimó á nuestros camellos y los hizo avanzar á medio trote: dos horas despues llegamos á los manantiales que salian bajo de unas palme-

ras en un valle delicioso, perfumado del tomillo, del romero y otros arbustos odoríficos.

Después de habernos refrescado con precaución, llenamos nuestros odres; y restaurados nuestros camellos, nos condujeron rápidamente á donde estaban nuestros compañeros de viage, que nos recibieron como á sus redentores; pues les salvamos efectivamente la vida.

Nos volvimos á poner en marcha con la claridad de las estrellas: olvidáronse los peligros, la profunda tristeza fue reemplazada por una alegría estremada: los árabes no pensaban ya sino en volver á ver sus mugeres, á sus hijos, y continuar en sus oficios. Algunos

días después divisamos una de las famosas pirámides.

Yo pensaba entonces separarme de los árabes, que me dieron una guía y me obligaron á llevar las alhajas y todo lo que había pertenecido á la desgraciada muger de quien me había declarado protector. Me hallé rico de repente, y no tuve necesidad de recurrir á lo que contenía la caja que esta desgraciada me había entregado antes de morir.

«Amigo mio, dijo Shechem al jóven Hanson luego que cesó de hablar; yo tengo algunas sospechas sobre esa muger, y estoi casi seguro de que el contenido de la caja las aclarará si quieres abrirla delante de nosotros.»

(214)

Hanson fué al momento á buscarla á su cuarto, y la abrió: la primera alhaja que sacó era un par de braceletes guarnecidos de brillantes, con miniaturas que representaban, la una á una jóven, y la otra un hombre con corta diferencia de la misma edad, ambos en traje armenio. «Basta, dijo Shechem: hé aquí el presente que yo hice á mi muger el dia de nuestra union: ¡quita esa caja de mi vista! los recuerdos que ella me presenta, son horrorosos.... ¡Desgraciada!!!.... ¡Su suerte ha sido terrible!.... pero al menos ya no tengo duda.»

El tiempo, sin apagar la sensibilidad del buen israelita, le habia acostumbrado á reprimir sus

(215)

emociones. Su dolor era de aquellos que se adivinan, pero que apenas se demuestran. Bensadi enjugó las lágrimas que derramaba su hija, y salió despues con Hanson para arreglar sus negocios y guiar á su nuevo amigo en los suyos.